

Los segadores

Los segadores 1/5

Os levantáis, Thomas el segador, y como cada mañana abandonáis vuestra morada sin mirar atrás, sin pronunciar palabra, sin un adiós y con el corazón desgarrado por la separación. Con las primeras luces de un alba macilenta, cada paso os cuesta como si debierais caminar sobre filos de cuchillos, pero sin embargo debéis ir a la laguna.

La cosecha no espera. El Balletero, vuestro señor, no es un hombre paciente.

Vuestro es realmente cruel, Thomas el segador, es un hombre sin piedad, con mano de hierro, y su alma es como una roca sobre la cual el tiempo no parece hacer mella. Se dice que él fue esclavo en otro tiempo, pero de esos años de sufrimiento él sólo ha guardado la maldad y la perversidad.

¿Os acordáis de la cara de vuestro señor, Thomas, del sonido de su voz o tan sólo del color de su blasón? En realidad no: todo os parece inmerso en una niebla impenetrable. A decir verdad os faltan todos vuestros recuerdos. Y esa cara tan dulce que vuestra alma quiere recrear, esos rasgos tranquilizadores que parecen escurrirse como la arena de entre vuestros dedos... ¿A quién pertenecen? ¿Es un cuadro que vistéis tiempo atrás, un ícono, una estatua, un símbolo? ¿O una mujer de carne y hueso, una mujer viva?

El grito de uno de vuestros compañeros os saca de vuestros pensamientos - ¡Aquí! ¡Aquí! ¡Y aquí también! ¡Están maduras, están maduras! - Y acudís con los demás. Cuando véis los bulbos gordos, los pétalos relucientes y los robustos tallos salir del agua pútrida como si fueran dedos, la satisfacción de haberlos encontrado se desvanece rápidamente. Debéis introducirlos en el cieno y remover el fango para alcanzar las raíces de estas preciadas flores y tirar, jadear, sufrir y sudar para sacarlas de su lecho viscoso y tibio.

A veces sentís la inmunda caricia de una criatura invisible en vuestras pantorrillas o brazos, y a veces oís el grito de dolor de uno de vuestros compañeros de fatigas que habrá confundido a una “babosa de cuero” con el tallo de una flor de agua, y ha sufrido una grave mordedura. Es un largo día de trabajo sin otra cosa para comer que los mohos púrpuras que crecen en la superficie de las aguas corrompidas. Y maldito sea aquel que, cediendo al hambre y a la sed, se le ocurra guardarse para él una de las plantas de la cosecha, porque en seguida vendrá uno de los contra maestros del señor para castigarle.

A medida que el día avanza, vos perdéis las fuerzas y os dejáis llevar. ¿Por qué no tumbarse allí, bajo las tibias aguas del pantano y dejar que los gusanos os vayan devorando para aplacar vuestra hambre; para que se introduzcan por vuestras fosas nasales y en la boca para transformaros poco a poco en lodo de los pantanos? Desaparecer, no ser más que tierra y agua, olvidar los sufrimientos eternos de la carne.

Entonces os vuelve la memoria, viva, clara y dolorosa como un latigazo. Esa cara es la de vuestra amada, y está gravada a fuego en vuestros sesos. Es a ella a quien dejabais esta mañana con la cabeza embotada y el paso pesado; y es a ella a quien podréis ver de nuevo esta noche. Retomáis la tarea y miráis a vuestros compañeros. Ahí están Jehan y Livio, 2 papistas de la peor calaña; pero también Samuel el judío; y Renart y Quillen, que no creen en nada. Todos ellos, al igual que vos, alzaron la cabeza, aunque están bajo el látigo de sus amos sarracenos. Ellos también parecen revigorizados. Es una maravilla ver a esta banda heteroclita trabajar codo con codo en la miseria y el sufrimiento, y hasta sonreírse brevemente unos a otros.

Porque de no estar sometidos a este espantoso yugo, si la mano de Balletero no fuera un peso sobre su vida como una capa de bronce, se matarían como lobos, como perros. Vos, Thomas, ya derramasteis sangre en otra época. ¿Os acordáis de esa época cuando pisabais la tierra con la misma arrogancia que los actuales carceleros?

Cuando el día se termina, reunís la poca fuerza que os queda para arrastraros hasta casa. Lo único que os mueve es el recuerdo de ese ángel que os toma de la mano, y cuando os adentrabais en el lodo grasiento de los pantanos vuestros ojos se volvían hacia ese dulce rostro, ahora os arrastráis hacia ella patético y débil como un niño.

Por fin veis vuestra casa. Es una choza modesta, pero es grato vivir en ella, y aunque vuestros huesos helados olvidaron el calor vos sabéis que allí nunca se siente frío. Ella está allí esperándoos detrás de la puerta cerrada. Os levantáis febril, al límite de vuestras fuerzas y titubeáis como un borracho. Esa puerta está tan cerca y tan lejos, y cada paso que dáis es una pequeña agonía.

He aquí que aparece una silueta frente la casucha. Su sombra se proyecta sobre el muro como dibujada por el estallido infernal de las llamas y a lo lejos oís el ruido de las armas. El desconocido derriba la puerta de una patada y escucháis el grito de una mujer. El hombre entra en la casa y a pesar de todos vuestros esfuerzos no lo alcanzáis. Reunís todas vuestras fuerzas, pero no bastan. la puerta se cierra y empiezan los aullidos entremezclados con los bestiales jadeos del desconocido. Los gritos de la mujer se hacen cada vez más débiles y más desconsolados, mientras que la voz del hombre se convierte en gruñidos y luego en una exclamación breve y victoriosa.

Cuando sale de la casa, reajustando su arma al cinturón de su calzón aún desabrochado, tenéis cara de asombro. Sus manos y su camisa están manchadas de sangre. Y cuando su cara aparece finalmente a la luz os inunda el temor y se os rompe el corazón, Thomas el segador. Porque estáis contemplando vuestro propio rostro.

Son vuestros ojos inundados por el Abismo del que no se vuelve una vez se ha cruzado, Thomas el asesino. Lo que miráis con asco es vuestra boca abierta y vuestros labios torcidos en una horrible mueca, Thomas el violador, Thomas el asesino. Y vos os acordáis, Thomas el despiadado, de vuestra vida anterior: cuando erais un mercenario, un saqueador y un homicida. Cuando vos vivíais de la rapiña y la masacre. Cuando vivíais de la espada.

Cuando vivíais.

Casi llegáis a las puertas de la morada, pero antes de que podáis decir nada al antiguo Thomas, éste desaparece en la noche y os deja sólo, acostado allí, a un paso de lo que es al mismo tiempo vuestro pecado, vuestro castigo y vuestra esperanza de redención. Tal es vuestro castigo eterno.

Y vos os acostáis en el polvo y os convertís esta noche en pasto de los gusanos. En ningún momento descansaréis. Sentiréis sus bocas ávidas que atormentan vuestra carne y querréis gritar, pero ya están en vuestra garganta, en vuestra boca y os devoran la lengua. Querréis llorar, pero los condenados de vuestra especie no tienen lágrimas que verter. Y por la mañana lo habréis olvidado todo. Sólo quedará el sufrimiento.

Recordaréis el Eclesiastés 9,5: “los vivos saben que morirán, pero los muertos no saben nada y ya no hay nada para ellos ya que su memoria no se acuerda de nada. Y su amor, su odio y su envidia desaparecieron, y nunca más tendrán nada de todo lo que se hace bajo el sol”.

Os levantaréis, Thomas el segador, y como cada mañana dejáis vuestra morada sin mirar atrás, sin ninguna palabra, sin un adiós y con el corazón desgarrado. Bajo las primeras luces de un alba macilenta, cada paso os costará como si caminarais sobre filos de cuchillos, pero sin embargo deberéis ir a la laguna.

Porque la cosecha no espera.

Los Segadores 2/5

Sólo importan dos palabras.

Los perros.

Él los oye, siente su respiración en su nuca, su aliento ardiente con trazos dulzones; y ese ruido cuando respiran, fuerte y regular como un fuelle de fragua. A su favor tiene que están muertos y condenados, pero ellos respiran.

Nadie os habla del aliento de los muertos antes de que crucéis el portal. A decir verdad, es el tipo de pregunta que nadie se hace. Con los ojos chispeantes por las visiones de tesoros inagotables, las orejas llenas del veneno de los predicadores... todos los conscriptos están dispuestos a vender a su padre y a su madre por un viaje al Inframundo.

Pero Benedicto el Loco, no. Benedicto no sabe por qué vino, por qué siguió a Vargas, por qué cruzó el portal.

Los más jóvenes se imaginan que les bastará con agitar su sable para que los enemigos acudan a empalarse como si fueran trofeos, cosa que hace reír a los veteranos. Estos últimos, con la cara llena de marcas de cicatrices, el brazo firme y la mirada fría piensan que librando esta batalla igual que las demás será suficiente para volver sanos y salvos, como siempre, aunque con alguna marca de más: “he aquí la mordedura de una sable papista, apenas diferente de la cuchillada que me dio la hoja de uno de esos malditos reformistas, pero esta, querida, es la marca de los Infiernos”.

Los soldados mezquinos y prudentes, aquellos a los que se les llama “hombres de una sola batalla” porque cuentan con administrar prudentemente las ganancias que obtengan de un único encuentro, piensan que siendo como son volverán con más peso en los bolsillos que aquellos que no hayan sido mezquinos ni prudentes, simplemente habrán muerto.

Y luego están los locos. Mientras que los jóvenes piensan en los pechos de las rameras, mientras los veteranos afilan su arma preferida y los hombres de una única batalla cuentan su fortuna adquirida por la sangre, los locos fijan los ojos en la distancia, con la boca abierta y la cabeza vacía.

Benedicto era de esos hombres que, al parecer, al atravesar el portal les había saltado la tapa de los sesos. Una vez en el Inframundo, la luz se borró de sus ojos, como apagada por una borrasca, y no fue más que un instrumento a las órdenes de Vargas. Marchó comió, durmió y luchó, pero no se volvió a acordar de haber vivido. Y cuando la compañía de Vargas entró en los pantanos, el mundo mutó en un sueño difuso sumergido en una bruma de sangre.

Benedicto se acuerda de las primeras deserciones: de aquel pendenciero que intentó huir al amparo de la oscuridad aquella vez que la “noche” duró más de tres días, y encontraron su cadáver esparcido a lo largo de 180 m; pero también de ese soldado que enloqueció por los gusanos que se movían por la comida, y al que hubo que matar antes de que degollara al cocinero. Cuando uno de los hombres pidió permiso para enterrarlo, Vargas se limitó a lanzarle una mirada glacial, y nadie más volvió a hablar de enterrar a nadie. ¿Para qué?

Pero lo peor aún estaba por venir. A medida que se adentraban en los pantanos, la atmósfera pútrida y los insectos grandes como un puño habían hecho mella en algunos de los hombres, y otros habían corrido una suerte todavía menos envidiable. Como le ocurrió a aquel granadero al que encontraron una mañana sentado frente al fuego que había dejado que se apagara, de la boca le supuraba un humor negro y viscoso y salmodiaba una letanía infinita en latín. Al oírlo, el hermano Jacob, el capellán, pareció quedarse sin sangre en las venas. Cogió al soldado por la cabeza y le rompió el cráneo contra un peñasco asta que estalló como una jarra de arcilla. Y cuando vieron la cabeza quebrada del granadero, en el interior de ésta no había sangre ni sesos, pero sí polvo y unos curiosos gusanos blancos-violáceos largos como el dedo pulgar.

Los reptiles, aquellos a los que el teniente de Vargas llamaba “esquamatas”, no habían tenido ningún problema en diezmar la compañía. Los más jóvenes habían acabado cortados en dos por los círculos de hierro de los monstruos, los veteranos habían sido despedazados por las garras de acero de los hombres-

cuervo, y los locos...

Los locos como Benedicto habían huido, perros de guerra con equipaje. Valía más una vida vacía y estúpida que una vida inexistente. Y Benedicto corrió sin detenerse, impulsado por un instinto de supervivencia que no conocía, olvidando el cansancio, el Infierno y las carencias. De repente se acordó de la voz de su madre, del olor de las manzanas que iba a recoger con su padre y de días pasados cazando furtivamente con sus compañeros, cuando era niño. Y los recuerdos, al igual que el miedo, le habían dado alas.

Pero esto no fue suficiente: los Aguijones del Infierno lo habían atrapado.

Miradlo, es un patético amasijo de carne todavía tibia que se arrastra por el fango del pantano para escapar de las bestias, con los ojos llenos de lágrimas. Mirad cómo la llama de la esperanza se aviva, frágil, en el momento de la muerte. Escuchadlo gemir en el silencio sepulcral del inmundo cenagal y mirad a los dos cerberos cómo giran y patean a su alrededor, preparados para el rancho.

Perp el suelo se hunde cada vez más bajo sus pies. En pocos instantes ya está sumergido casi por completo. Ambas bestias bicéfalas con los colmillos aún goteando baba, lo observan a una distancia prudente, sin atreverse a acercarse más a la pequeña extensión de lodo claro, en la cual él se hunde poco a poco. Presa del pánico, el soldado gesticula y se hecha a gritar, pero pronto el agua corrompida y el lodo le inundan la boca. Su grito de terror no es más que un gorgoteo, un chapoteo, un suspiro. Nada más.

Su cuerpo es aspirado completamente por el lodo helado, sólo sus dedos que asoman aún en la superficie, desesperadamente estirados, demuestran que aún vive. Siente el frío filtrarse por todo su cuerpo y el hielo se cristaliza entorno su corazón...

Pero de repente siente una quemadura, la mordedura del fuego sobre sus dedos. Y en vez de dejarse llevar, en vez de entregarse al glacial por que casi lo apesó; se agarra a este dolor ardiente, aferrándose a la llama que le consume la mano. Siente cómo lo estiran fuera del lodo, fuera del agua, y lo hace una fuerza que no es la de la carne, sino la de un espíritu, cuya voluntad podría quebrantar una roca.

Una vez fuera del limo se encuentra frente a ella. Benedicto tiene la impresión de haber sumergido la mano en lava, pero resiste, clavando sus ojos en esa mirada más ardiente que la más ardiente de las hogueras. Oyó hablar de ella a un hombre en el portal, era un veterano que afirmaba haberla visto. Pero ninguna palabra puede hacer justicia a la llama que arde en la mirada de Asaliah, porque aquel fuego fue encendido con la llama original, aquella que alumbró el mundo al principio, cuando el Verbo suscitó la idea de luz por primera vez, justo al principio de los tiempos.

Benedicto aprieta los dientes y, aunque su mano no es más que un muñón calcinado, aún se agarra a ella. No fue ella la que lo sacó del agua, más bien él se lanzó sobre ella. En un momento se halla sobre la orilla. Al otro lado de las arenas movedizas, las dos criaturas de los Perdidos aún gruñen. Cuando Benedicto se incorpora finalmente sobre tierra firme, su propio rugido las sorprende y retroceden hasta desaparecer entre las brumas. De repente los perros no tienen ninguna importancia.

Benedicto ya no los ve: su mirada es absorbida por esos ojos sin edad, esas dos estrellas gemelas. Ella es como una antorcha, un incendio, un diluvio de fuego como los que reducen a ceniza las ciudades de los hombres y que convierten en sal a sus mujeres impías. Es una llama de pasión, de esas que empujan al niño a levantarse contra su padre, de las que os consumen, de las que os queman las alas... Y esa llama que la quema y la devora la trajo ella misma al Inframundo, a esta oscuridad que sólo tal hoguera puede perforar. Es el fuego de la locura.

“Ven”, dice ella, y sabe que la seguirá a todas partes, él... que no está vivo ni muerto. Porque vino por ella, ahora lo sabe, y llevará su nombre, su fuego y su guerra por todas partes. Él se levanta a duras penas, apenas sintiendo el dolor de su mano carbonizada.

“Soy yo. Todavía tenemos mucho trabajo. La cosecha no ha hecho más que empezar”.

Los segadores 3/5 (Perecha y Gu)

- Lo has hecho tú.
- No.
- Te vi.
- Tus ojochs te habrán engañado. O tal vech sea un efecto de los gasechs del pantano.
- Tú no ... Oh, dejémoslo estar ... “

Mientras su compañero se arrastraba hacia otro montículo, la pequeña y obesa criatura dejó escapar un pequeño cloqueo satisfecho pero se repuso en seguida, se veía forzada a cruzar los brazos para mantener cerrada su inmensa boca cuyas quijadas colgaban hasta el suelo. El otro se giró un instante, con una mirada suspicaz. El pequeño gordinflón intentó silbar y sólo pudo emitir un gorgoteo húmedo y se llenó los brazos de baba.

Su compañero, asqueado, le dedicó un leve gesto de desprecio y se volvió para subir la pendiente resbaladiza y aún húmeda. El Condenado de la Gula se alegró. Mientras que la otra criatura emprendía su peligrosa escalada a zarpazos y lanzando fuertes gemidos patéticos, retiró sus entumecidos dedos minúsculos de su estómago lleno a rebosar. Sorbió los jugos que le quedaban alrededor de la boca, que, visto su tamaño, le llevaría cierto tiempo.

” ¡Está alto, eh! ” El condenado de la Gula alzó la mirada para ver la altura del montículo, pero su compañero todavía estaba a mitad del camino. Se paró un instante, apoyándose sobre una lanza que sobresalía del montículo. Allí, posado como un gorrión en una rama, podía abarcar todo el campo de batalla con la mirada. El Condenado de la Gula depositó su hallazgo delicadamente en el pequeño bolsillo y lo cerró con cuidado, aguantándose las ganas de darle otro húmedo beso. Se giró de nuevo. Su compañero no se había movido. Debería haberlo sospechado: escalar un montículo de cadáveres tan alto no estaba al alcance de uno de esos gandules Condenados de la Pereza.

- ¿Y entonces?- dijo.
- ¿Entonces qué?
- ¿Ech de los nuestros o Ech de los suyos? -Desde su posición elevada el Condenado de la Pereza agitó la mano y suspiró.
- Casi de los nuestros.
- Nos han derrotado.
- Nos han hecho añicos.
- Pulverichado.
- Despedazado.
- Hichimos bien en retirarnochs.
- Y qué lo digas ... No merece la pena ir hasta altura para saber qué es lo que encontraré allí. A los nuestros. Ni el menor rastro de plumas de corvus, ni una escama de squamata ... Nada que pueda interesarte. “

El condenado de la Pereza bajó tres veces más rápido de lo que subió. Una vez en el suelo, se puso al lado del regordete y ambos condenados miraron a su alrededor. La batalla fue particularmente dura. Violenta e incomprensible. Sobre todo vista desde lejos. Normalmente, para aquellos dos las cosas eran más bien simples: hostigados por el látigo de un gran condenado, se lanzaban a la batalla e intentaban matar a todo aquello que se pusiera al alcance del cuchillo o de las garras. He aquí una de las raras satisfacciones de la existencia en el Infierno: la simplicidad de las reglas de la batalla. Matar o ser matado. Pero vista desde lo lejos, la batalla sólo había sido confusión, un remolino de cuerpos y de acero, todo salpicado de sangre. Nada palpitante cuando no se participa en ella.

El condenado de la Gula masticaba distraídamente un puñado de dedos del pie que acaba de arrancar de un pie que sobresalía del montículo. Hubo algunos vivos en la batalla. Ese era el motivo por el cual erraban por ese osario cada mañana: los vivos son más sabrosos... al menos según el condenado de la Gula. Al condenado de la Pereza eso le daba igual. Mientras no se le pidiera nada demasiado cansado... Además, ver a esa gigantesca boca engullir inmensas cantidades de carne resultaba fascinante. Uno no se cansaba de ver esas filas de dientes, moverse, ni del palpitar de ese vientre sin fondo.

Y luego están los ojos. Los ojos se rompen y estallan como huevos blandos; son viscosos, son hediondos, son repugnantes. Lo peor es cuando su compañero los lame o los succiona. El condenado de la Pereza odia eso. Y se pregunta si los demás codenados hacen lo mismo o si esta afición se debe a su relativa juventud.

- ” Mira Perecha, queda uno”

El condenado de la Pereza suspiró. Justo al inicio del enfrentamiento, su capitán, uno de esos cabrones Gran condenados de la Cólera, se vio privado de su cabeza por el disco cortante del jefe squamata, aquel al que llaman Isha-Akshay. De repente, él y Gula se refugiaron rápidamente detrás de grandes peñascos para ver ranquilmente la batalla. A decir verdad, Pereza - "Perecha" - se durmió antes del final. Cuando se despertó, Gula se estaba cebando. Como no tenía nada mejor hacer, le ayudó a encontrar otras vituallas. Pero los vivos - o al menos los cadáveres de los vivos - no abundaban.

Fue cuando contaban los cuerpos, cuando se dieron cuenta de que su bando había perdido. Hay que reconocer que las cabezas de los Grandes Condenados sobre picas en medio del osario le había puesto la mosca detrás de la oreja.

- "Habrá que hacerles creer que nosotros también hemos sido machacrados - dijo atropelladamente el condenado de la Gula.

- Pues hagámoslo. Es inútil darle este tipo de informe al señor Phölm si ello significa que se figurará en el menú de esa noche ... "

Al oír la palabra "menú", la cara del condenado de la Gula se iluminó, para ensombrecerse rápidamente cuando toda la información llegó a su cerebro esmirriado. Por el momento, masticaba un trozo de carne fría de humano.

- "Bueno, ya has acabado, no quedan más. Hemos dado tres vueltas.

- Chalvo la cima del montón.

- No voy a subir allá arriba, ni hablar.

- ¿Por qué no?

- Me da pereza. Además, ya recolectaste bastante."

Ahora que habían recorrido todo ese buffet improvisado, los dos cómplices no sabían qué hacer.

"¿Crees que che darán cuenta?

- ¿De qué?

- ¿De que no echamos? "

El condenado de la Pereza soltó una carcajada seca, como la tos de un moribundo.

"- ¿De verdad crees que contarán los cuerpos? Todo lo que le importa al señor Phölm es saber si ganamos o perdimos. No cuenta los puntos, sabes. Para nosotros no existe el segundo puesto: es la victoria o la muerte.

- Entonces, ¿qué será de nosotros?

- Para nosotros sólo hay muerte, Gu.

- ¿Gu?

- Es más rápido de pronunciar que Gula. "

Gu miró con pesar el triste horizonte de los Infiernos.

"- Venga, vamos allá, Gu.

El condenado de la Gula parecía perdido.

"- ¿Dónde ech allá, Perecha?

- Ya lo veremos. Y bueno, ¿Desde cuánto eres un condenado de la uriosidad?"

Gu esbozó una pequeña sonrisa - una media luna espantosa, húmeda, llena de dientes y vertical - y palmeó su pequeño saco.

Era su secreto, su reserva, su juguete. Normalmente, los condenados no tienen más derecho a este tipo de posesiones personales que los monjes. Pero como los monjes, los condenados son mentirosos empedernidos cuando el deseo los llama, sobre todo si se trata de un deseo de lo más irracional.

Mientras Perecha salva los gigantescos cadáveres de dos condenados del Orgullo, Gu cuenta el contenido de la Bolsa para calmarse.

"- Dieciseis verdes, doce azules, cinco marrones, dos rojos, uno de vidrio, uno todo blanco no muy bonito pero tiene buen gusto ... "

Quién sabe, más allá del horizonte, al igual habrá más presas, batallas fáciles y otros ojos que recolectar. El blanco realmente sabía bien, a pesar de estar un poco seco.

” - Aún estoy conencido de que lo hiciste. Sabes que lo encuentro asqueroso”

Con un aire curiosamente digno, Gu cerró su saquito y lo anudó cuidadosamente alrededor de su cabeza sin cuello. Mientras marchaba con un aire solemne delante de Perecha, podía acariciar con la punta de la lengua el pequeño saquillo. Le resultaba, a la vez, lacerante - todas estas golosinas que lo hacían estremecerse estaban allí, justo bajo su nariz, una verdadera tortura - y calmante.

Perecha hizo un pequeño gesto de capitulación y suspiró, pisándole los talones.

Mascullando, se dirigieron hacia un destino incierto.